



LECTURAS

Daniel Matusevich

Una guía sobre el arte de perderse

Rebecca Solnit

Buenos Aires, Fiordo, 2020, 192 págs.

En búsqueda de relatos que nos permitan ahondar en la complejidad de la vida de nuestros pacientes, la obra de Rebecca Solnit es un mojón insoslayable en tiempos de muerte de los grandes relatos. En el mundo psi, el ocaso del psicoanálisis (y la supervivencia de algunas tendencias, muy bien caracterizadas por Ricardo Strafacce), la neurologización de la psiquiatría, la decadencia de la clínica y el abandono de las grandes narrativas tiende a convertir el espacio de encuentro con el otro en un páramo yermo regido por algoritmos estadísticos. Atentos a este panorama es que las ideas de la autora seleccionada cobran gran relevancia, ya que viene dándole forma hace años a una semiología que permita pensar y habitar el planeta tierra de una forma diferente, evitando caer en las trampas de la repetición acrítica y desactualizada o de la originalidad vacía y superficial. Su profunda lectura de los textos clásicos (como proponía Ítalo Calvino) le permite trazar recorridos densos y profundos aceptando el desconocimiento inherente a estos tiempos, sin necesidad de abrazar falsas certidumbres, que en el mejor de los casos tranquilizan pero jamás abren nuevos sentidos.

Es autora de más de veinte libros sobre feminismo, historia occidental e indígena, poder popular, cambio social e insurrección, deambular, caminar, esperanza y desastre; su obra escapa a los cánones convencionales debido a que mezcla géneros con originalidad e inteligencia, definiendo artículos y libros que bien pueden ser ensayos, trabajos académicos o artículos en su página de internet y en diarios.

El texto más conocido en Argentina es sin duda "Los hombres me explican cosas", colección de ensayos que se convirtió desde el momento de su publicación en el año 2008 en un hito del movimiento feminista contemporáneo; en el Solnit ejemplifica con ironía la forma en que los hombres utilizan un discurso con-

descendiente para silenciar y ejercer poder sobre las mujeres, incluso en ámbitos de aparente igualdad y apertura. El concepto describe el tono pedagógico masculino al hablar de temas sobre los cuales sus interlocutoras mujeres poseen mayor conocimiento, mientras ellos se asumen como expertos; es de lectura obligatoria para todo aquel que quiera profundizar en la desigualdad entre mujeres y hombres, la violencia basada en el género y los nuevos feminismos.

En la misma línea vale la pena que el lector curioso revise la conferencia que Mary Beard dictó en el museo Británico en el año 2014, publicada en el London Review of Books como "The Public Voice of Women": se remonta a la Odisea para señalar la escena en la que Telémaco, hijo de Odiseo, calla en público a su madre, Penélope. Desde este punto de partida, el texto rastrea hasta nuestros días esta imagen del hombre que calla a la mujer, reflexionando sobre la idea, todavía preponderante en algunos círculos, de que las mujeres tienen derecho al chisme pero no al discurso.

Volviendo a Solnit encontramos en su obra un antecedente al libro que comentamos aquí: *Wanderlust*, una historia del caminar, publicado en el año 2005; "Sentí que había temas que no había explorado. Uno de ellos era el hecho de deambular y perderse, y por qué eso era importante en una sociedad cada vez más controlada. ¿Qué significa zambullirse en lo desconocido?", se pregunta la autora. Supone también su primera experiencia con una escritura "menos académica", que luego convertiría en su marca de fábrica. "Quise perderme también al escribir. Empecé a hacerlo de una manera más poética, a partir de asociaciones más personales", explica la autora, que cita a Eduardo Galeano y a Ariel Dorfman como ejemplos a seguir, por su manera de "mezclar la vida y el arte" Siguiendo la estela dejada por el admirado H. D. Thoreau (los puntos de contacto con Walden son muy

evidentes), Solnit describe el hecho de perderse como un gesto político que permite desarrollar la independencia, el instinto de supervivencia, el sentido de la orientación y la imaginación. “No perderte nunca es no vivir”, dice en el libro, mientras deambula por asuntos como su incierta genealogía familiar, el significado cultural de las ruinas o el “azul de la distancia”, el color de los horizontes y las cordilleras remotas, el de la melancolía y el anhelo.

Una guía sobre el arte de perderse explora algunos de los significados de la palabra, ya sea perderse en la obra de un autor o en un desierto, en los laberintos de las relaciones familiares o en una ruta. La familiaridad y la aplicación para los improbables lectores psi que me acompañan es instantánea, ya que es inevitable e imposible no perderse en las vidas o en los tratamientos que llevamos adelante con nuestros pacientes; parafraseando a Solnit podemos decir que “No perderte nunca es no haber atendido pacientes”.

Intentando definir algunos rasgos de su escritura podemos decir que combina apuntes personales (relaciones de pareja, historia de sus abuelos, viajes, fallecimiento de amigos) con referencias históricas (descubrimiento de América, significado de la palabra blue, los cuadros de Ives Klein, el Centro Zen de San Francisco) y antropológicos (la geografía de Estados Unidos, la Ruta 66, el desierto de Mojave) para terminar construyendo historias que permanentemente zigzaguean entre la realidad y ficción. En palabras de Rebecca: “...la escritura de ensayos es como la fotografía: las dos plantean el mismo desafío de encontrar su forma y su estructura en aquello que ya existe y las mismas responsabilidades éticas de cara al tema. La ficción, como la pintura, te permite empezar con un lienzo en blanco...”; los ancestros inmigrantes, los amigos perdidos, los antiguos amantes, las viejas películas preferidas, la casa en la que creció, el desierto o los edificios en ruinas conforman un material inmejorable para explorar la pérdida, el perderse y el estar perdido.

Perderse es utilizado en un sentido amplio, no solo en uno literal sino también en lo que implica sumergirse en “un plano en el que todo lo demás desaparece”, por eso lo opuesto a la pérdida no es el regreso sino la transformación. Y de eso nos habla este libro, de pequeñas y grandes transformaciones que pueden sucederle a aquellos dispuestos a renunciar a las certezas y a aceptar que, más tarde o más temprano, todos estamos destinados a perder.

Cuatro de los nueve ensayos tienen el mismo título y estructuran el libro: “El azul en la distancia”, haciendo un juego de palabras con el color y la acepción inglesa de la palabra que es tristeza. Están teñidos de una melancolía esperanzada y serena que conduce al lector por un camino de historias con el potencial de cambiar vidas.

El primero está dedicado a los viajes y a tratar de dilucidar la belleza que reside en las tragedias (“...es que, como sucede con el azul de la distancia, la consecución y la llegada solo trasladan algo de ese anhelo, no lo satisfacen, igual que, cuando llegas a las montañas a las que te dirigías, han dejado de ser y el azul ha pasado a teñir las que se encuentran detrás”); es muy interesante el contrapunto que plantea entre poseer y perder, el corazón del capítulo (“Hay cosas que solo poseemos si están perdidas, hay cosas que no se pierden si de ellas nos separa la distancia”).

El segundo está dedicado a Alvar Núñez Cabeza de Vaca y sus aventuras en la península de la Florida (“... fue uno de los primeros europeos perdidos en las Américas-y el primero en volver y contar su experiencia-y, como muchos de ellos, lo que hizo para dejar de estar perdido no fue regresar sino transformarse”).

El tercer ensayo “azul” explora el mundo de la música country y western, sus historias de pérdida y desaparición (“Si es más profundo que el rock es porque el fracaso es más profundo que el éxito. Es sobre todo del fracaso de lo que aprendemos”). El cuarto está dedicado a Ives Klein, pintor, místico y judoca obsesionado con volar y “...volar significaba acceder literalmente al cielo que había declarado suyo, significaba desaparecer y significaba entrar en el vacío”.

Obra inclasificable, para leer y releer con lápiz en la mano, en distintos momentos del recorrido vital, una guía que teje tramas y da pistas, abriendo una puerta a las grandes cuestiones existenciales.

Así escribe

“La gente mira el futuro y piensa que las fuerzas del presente se van a desplegar de forma coherente y predecible, pero todo examen del pasado revela que los tortuosos caminos del cambio son tan extraños que no pueden siquiera imaginarse.

A veces pienso que me hice historiadora porque no tenía historia, pero también porque quería contarla verdad en una familia donde la verdad era una entidad escurridiza”.